

LIBROS

Un episodio nacional americano

Pese a ser uno de los escritores que mayor éxito han obtenido en los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, Gore Vidal no ha llegado al lector español hasta muy recientemente, y cuando lo ha hecho ha sido en circunstancias poco favorables. Su inclusión en catálogos que se distinguen antes por su busca de la "comercialidad" que por la de la "calidad", ha podido hacernos ignorar la publicación de sus libros o bien infravalorarlos por el contexto en que se nos ofrecían. Sin embargo, Vidal forma parte de esa generación de posguerra que en Norteamérica emprende la aventura de mantener la novela en el privilegiado puesto a que la llevaron los miembros de la generación "perdida" de entre guerras, y que si bien a veces oscilan en la peligrosa maroma del "best-seller", con su facilonera repetición de fórmulas prefabricadas y efectismos de tan segura eficacia como falsa base literaria, mantienen la mayor parte de las ocasiones un contacto directo con la realidad americana de nuestro tiempo. Y cuando este contacto empieza a difuminarse, por mor de las influencias europeas y el descrédito del realismo, surge lo que Tom Wolfe llama "el nuevo periodismo", que en seguida actúa de revulsivo devolviendo a la novela norteamericana al camino de su mejor y más continuada tradición.

Si Norman Mailer, en *Los Ejércitos de la Noche*, escribía la "historia como novela" y la "novela como historia", Gore Vidal casi hace lo propio en Burr (1). Uno y otro eligen dos momentos decisivos en la historia de su país. Mailer, la crisis que en los sectores más conscientes de la sociedad americana produce la

caída del mito del "muchacho americano", que tan profusamente se nos ha servido a través del cine y la televisión; Vidal, por su parte, nos muestra el nacimiento de ese mito, que coincide con el nacimiento de los USA como Estado independiente. En ambos casos, se desecha la historia oficial para intentar ofrecernos la historia real, esa historia que se pierde en el farrago de nombres, fechas, relaciones y documentos oficiales que van configurando los manuales y resúmenes que se ofrecen en enciclopedias. Mailer elige (como no podía ser menos en un egocéntrico como él) un período en el que el propio escritor es uno de los protagonistas: la protesta estudiantil y de la "nueva izquierda" con motivo de la guerra de Vietnam; Gore Vidal, por el contrario, es más corrosivo y aventurado, y se inclina por un personaje que ha pasado a la historia oficial de su país como un traidor, como uno de los mayores enemigos de la "democracia" creada por Washington y Jefferson, los "auténticos padres de la patria" americana. Aaron Burr (1756-1836) es, desde luego, un personaje singular. Cuando es condenado por traición, durante el segundo mandato presidencial de Jefferson, ha sido ya uno de los héroes de la Revolución que llevó a su país a la independencia de Inglaterra y ha llegado al cargo de vicepresidente en el primer mandato del Presidente que luego le juz-

garía, ignorando cínicamente la Constitución por él mismo redactada, amén de haber matado en duelo a su mayor adversario político: Alexander Hamilton. Huido a Europa clandestinamente, Burr nos da, a través de unas supuestas Memorias confiadas a un joven periodista, también supuesto, su visión personal, apasionada y apasionante de los años que configuraron el nacimiento de una nación. Una visión que no coincide, desde luego, con la versión oficial de los hechos, o que, en el mejor de los casos, profundiza en el brillante y heroico envoltorio para, hendiéndolo, llegar al corazón mismo de las motivaciones, las causas y los efectos. Motivaciones, causas y efectos que se nos revelan contradictorios casi siempre, y a menudo mezquinos y cínicos. Así, Washington y Jefferson, por ejemplo, adalides de la libertad, se nos presentan con un rostro bien distinto al que ofrecen en la Historia con mayúscula. Nulidades absolutas como militares, ganan una guerra en la que perdieron todas las batallas, e imponen una Ley que ellos son los primeros en violar con la mayor desfachatez y contumacia. Lafayette, Jackson, o el propio Burr, son nombres que se singularizan gracias al mismo movimiento de la historia, irreversible y lógico, que les individualiza por una serie de circunstancias ajenas a ellos. Vidal parte de la certeza de que la historia no la hacen los pocos nom-

bres y hechos que de ella conocemos sus criaturas, sino la totalidad de los hombres que la viven y la sufren.

Burr está escrito según la estructura de una novela histórica, al modo de los "Episodios Nacionales" de nuestro Galdós, aunque con una mayor conciencia crítica y con todas las garantías científicas del verdadero historiador. En sus tres últimos años de vida, Aaron Burr va confiando sus Memorias a un joven periodista, cuyas reflexiones y particulares investigaciones forman la otra mitad del cuerpo del libro. Todos los personajes —incluidos aquéllos que aparentan haber nacido de la imaginación del autor— son históricos o están basados en caracteres históricos. Por lo general, se utilizan rigurosamente hechos comprobables para definir o discernir los intereses que los produjeron. El cúmulo de intrigas, conspiraciones, traiciones, mezquindades, etcétera, que Gore Vidal nos relata en su libro es impresionante, y nos revela, con mayor fuerza y verosimilitud que cualquier ensayo histórico, el juego de intereses rastreadamente materiales que produjeron algo aparentemente tan limpio y heroico como la proclamación de la independencia americana y la promulgación de su avanzada Constitución. El libro contiene, además, una escrupulosa ambientación, siguiendo, si se quiere demasiado linealmente, los principios es-



(1) Gore Vidal: Burr. Grijalbo. Barcelona, 1975. 482 páginas.



Gore Vidal.

téticos del realismo de mejor ley. Su singularidad viene dada por los hechos que relata. Pero su interés literario se basa no sólo en ellos, sino sobre todo en una escritura apasionante que nos hace tomar "una" verdad por "la" verdad. Verdad que, por añadidura, nos resulta tan nueva como verosímil. ■ MARTIN VILUMARA.

## La vuelta de Ciges Aparicio

De "realismo militante" calificaba en TRIUNFO (número 588, 5 de enero de 1974) José Esteban el estilo vital y literario de Manuel Ciges Aparicio, nombre que no dirá mucho a los lectores españoles de hoy y que, sin embargo, ocupó en su tiempo escaparates de librerías e incluso primeras páginas de los periódicos, aunque esto último más por sus peripecias periodístico-políticas que por sus novelas. Fue, efectivamente, un artículo sobre el problema cubano, donde critica la actuación del general Weyler como "pacificador" de la isla, el que le llevaría a la prisión de La Cabaña, dura prisión, de la que saldría marcado y de la que saldría también su obra "Del cautiverio", considerada por Andrés González Blanco como comparable en ciertos momentos a "Mis prisiones", "De profundis" o "Crímen y castigo", y comparada por Valle-Inclán a "La casa de los muertos" dostoyevskiana.

Nacido en Enguera (Valencia), el año 1873, Ciges sería fusilado en Avila, donde era gobernador civil, el trágico verano de 1936. Entre ambas fechas hay toda una rica peripecia vital

y una no despreciable producción literaria y periodística, fruto, casi siempre, de esa vida. Esto es lo que da interés a la obra de Ciges, que ciertamente no merece el desconocimiento que sufre, aunque tampoco sea comparable desde el punto de vista literario a la obra de sus contemporáneos del 98.

"Los caimanes", publicada por vez primera en 1930 y reeditada ahora en cuidada edición por Turner, con prólogo de José Esteban, es acaso una de las obras de Ciges que mejor soportan la lectura hoy y que mayor interés tienen fuera de las no velescas. En "Los caimanes" se relata la ascensión y caída de un hombre de modesto origen, nacido en tierra de pañeros y que de mozo de recados llegará a proveedor de mantas del Ejército francés en los años de la Gran Guerra. Ciges meterá en la novela sus experiencias del París de la época y llevará a Román Castalla, protagonista del relato, por la España que él tan bien conoció. Considerada como típica novela de personaje —y la viajera vida de este Román Castalla, especie de Ulises que sale de su "Troya de la Sierra" dispuesto a hacer fortuna, autoriza a calificarla así—, no me resisto a ver en la obra de Ciges algo más. Y esto sería una especie de trasunto novelesco de la aventura de Joaquín Costa. Ciges, que trazó una viva biografía del combativo aragonés ("Joaquín Costa, el gran fracasado", 1931), construye la vida pública de Román Castalla de acuerdo a unos parámetros que coinciden en no poco con las ideas de Joaquín Costa, aunque a veces este Román Castalla hable en prosa sin saberlo. Es curioso señalar cómo a principios de la obra don Román llega a su pueblo, ya convertido en poderoso hombre de empresa, y comenta ante las carreteras retorcidas y peligrosas, proyectadas y construidas de acuerdo con los intereses del cacique y no con los intereses de la comunidad: "Se trata de una carretera parlamentaria". Más o menos el calificativo que Costa daría a los canales electorales que no se construían en el reseco Aragón de sus afanes. Y a continuación añade (Román Castalla): "Tendremos que construirla nosotros". Decisión voluntarista de un

hombre que horada y corta las montañas que separan a su pueblo del resto del país como un "cirujano de hierro", capaz de sajar las duras barreras de piedra... A la postre, Román Castalla será también "un gran fracasado". Los viejos caciques de colmillo retorcido y alma negra podrán con este emprendedor hijo del pueblo que trata de levantar a su comunidad de la ruina y que se verá abandonado de todos. Sólo el viejo hidalgo arruinado, una especie de quirote, estará a su lado y le señalará cómo los leguleyos, los caimanes mansos, han intervenido en su caída.

Más podríamos ir sacando de



Ciges Aparicio.

la lectura de esta obra (el papel de los diversos personajes del pueblo y la capital provinciana, desde el naciente sindicalista, los militares, magistrados, etcétera, etcétera...), porque la obra es rica en ellos. Sin renunciar tampoco a una comparación entre esta Troya de la Sierra y el Castroduro barojiano de "César o nada". Comparación que sería entre "una de las más brillantes figuras menores de la generación del 98", al decir de Eugenio de Nora, y una de sus más brillantes figuras mayores. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## Un histórico Evans-Pritchard en castellano

Gracias fundamentalmente a dos editoriales (1), las grandes

(1) Anagrama y Península.

obras maestras que han configurado el pensamiento antropológico-cultural y etnológico van llegando al lector hispano en su propia lengua, solventando —a través de las generalmente buenas traducciones— el impedimento que para muchos representa la lengua inglesa, en la cual suelen estar escritas las principales contribuciones que se han hecho a lo largo de la historia de la antropología.

Una de estas obras maestras (2) acaba de ser publicada (3), con no poco mérito, treinta y nueve años después de su aparición original y casi cincuenta años después del inicio de la investigación. El nombre del profesor e investigador Evans-Pritchard, fallecido hace tan sólo tres años, tras haber dedicado cuarenta y cinco a la antropología, ha de resultar, por fuerza, familiar a todo aquel que, profano en la materia, se interese sin embargo en la psicología del comportamiento y en las relaciones del pensamiento mágico con el pensamiento religioso.

Sus obras, especialmente las de juventud, estuvieron basadas en sus trabajos de campo en el continente africano; en la zona central, primero, y en el área nororiental, después, al amparo de los intereses coloniales británicos. Su estudio sobre el comportamiento de los azande tuvo, por razones profesionales y por motivos bélicos, poca repercusión cuando se publicó poco antes del inicio de la ofensiva hitleriana sobre Europa y África. Pero después, aunque haya tardado en ser valorado en su justa medida, ha alcanzado el lugar que le corresponde en el panorama documental y pedagógico de la literatura antropológica.

¿Qué se puede decir del contenido de un libro que sobrepasa en su original mecanográfico los setecientos folios y que tiene, por encima de todo, un carácter eminentemente descriptivo? Puede decirse que el lector debe sacar sus conclusiones, en base a las descripciones del comportamiento del pueblo africano es-

(2) Evans-Pritchard, E. E.: Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande (Oxford University Press, Londres, 1937, en su edición original).

(3) Evans-Pritchard, E. E.: Brujería, magia y oráculos entre los azande. Anagrama, Barcelona, 1976. Traducción de Antonio Desmonts.